

CATÁFASIS Y APÓFASIS EN LA EXPERIENCIA MÍSTICA DE ÁNGELA DE FOLIGNO

Victoria Cirlot
UPF

Me dijo esta fiel de Cristo que hablando de Dios con su compañera había establecido treinta pasos o mutaciones del alma, que encontró en sí misma y que se originaron en su vía de penitencia.

Capítulo I, p. 39

Ángela de Foligno, *Libro de la experiencia*, edición y traducción del latín de Pablo García Acosta, Siruela, Madrid, 2014.



Liber sororis Lelle.

Manuscrito de Asís. Bibl. Mun. 342, portada

“Y he sido y soy alejada de todo lo que antes tuve y de todo lo que antes me había acostumbrado a que me deleitara, es decir en la vida y en la humanidad de Cristo, y en la consideración de la profundísima compañía que tanto amó Dios Padre en la eternidad que se la dio a su propio Hijo y en la cual yo solía deleitarme profundísimamente: el desprecio y el dolor y la pobreza del Hijo de Dios, y en la cruz en la que normalmente hallaba mi reposo y mi lecho. Y he sido alejada completamente de aquel modo de vivir a Dios en la tiniebla que tanto me solía deleitar. Y he sido alejada de todo estado anterior con tanta unción y dormición que de ninguna manera podía darme cuenta de ello. Por el contrario, solo ahora sé que he perdido todas aquellas cosas, pues en la cruz que tanto me deleitaba, que era mi reposo y mi lecho, nada encuentro; en la pobreza del Hijo de Dios nada encuentro, así como nada encuentro en todo lo que se pueda nombrar.”

Capítulo IX, pp. 122-123

I. CATÁFASIS

EN EL DECIMOCUARTO PASO mientras estaba orando se me mostró Cristo, y yo estaba despierta, en la cruz claramente.

Esto me dio mayor cognición de él. Fue entonces cuando me llamó y me dijo que debía poner mi boca en la llaga de su costado. Y de allí me parecía ver y beber sangre fluyente y fresca. Y él me daba a entender que esto me purificaba. Y aquí comencé a sentir una gran alegría, aunque en la consideración de la Pasión tuviera tristeza. Capítulo I, p. 43



Salterio de Bonne de Luxemburgo. The Metropolitan Museum of Art, NY, The Cloisters Collection, 1969, fol. 331r, año 1345

“Y no puedo calcular cuánta fue la alegría y la dulzura de Dios que sentí, sobre todo cuando dijo: “Yo soy el Espíritu Santo y entro dentro de ti.” (cap. III, p. 56)

“Y esta segunda vez, justo cuando me arrodillé a la entrada de la iglesia y vi a san Francisco pintado en el pecho de Cristo, me dijo: “Así de estrecha te tendré abrazada y mucho más de lo que puedas considerar, con los ojos corporales. Pero es hora de que cumpla lo que a ti, hija dulce, templo mío, amor mío, te prometí: que como este consuelo he de abandonarte, pero no te dejaré nunca si me amas.” (cap. III, p. 56)

“Y entonces, después de que me abandonara, empecé a gritar en alta voz, o a vociferar. Y sin ninguna vergüenza gritaba y clamaba diciendo estas palabras: “Amor no conocido, ¿por qué me dejas?”. /.../Y yo gritaba queriendo morir, y gran dolor me era el permanecer viva y no morir, y entonces todas mis articulaciones se descoyuntaron.” (cap. III, p. 58)

Detalle de la llamada *Vetrata degli angeli*.
Iglesia de san Francisco de Asís



“El día de Sábado Santo después de lo narrado arriba, la fiel de Cristo me contó las maravillosas alegrías que había recibido de Dios. Y entre otras cosas me contó a mí, hermano escritor, que aquel día, llevada al éxtasis, estuvo en el sepulcro como si hubiera estado con Cristo. Y me dijo que primero besó el pecho de Cristo -y lo veía tumbado con los ojos cerrados como si yaciese muerto- y después le besó la boca, de la cual decía sentir un maravilloso e inenarrable olor que respiraba por la suya propia. Pero dijo que esto duró poco tiempo. Y después puso su mejilla sobre la mejilla de Cristo, y Cristo puso su mano sobre la otra mejilla y la apretó contra sí, y esta fiel de Cristo oyó que le decía estas palabras: “Antes de que yo yaciese en el sepulcro, te tuve así contra mí.” Y aunque entendiese que Cristo decía estas palabras, lo veía yacente con los ojos cerrados y sin mover los labios, como cuando estaba muerto en el sepulcro. Y ella se encontraba en una alegría inenarrable.”

Capítulo VII, pp. 94-95

II. APÓFASIS

Y cuando preguntaba se me daba a entender que Dios lo había hecho y permitido por esto: para poder mejor manifestarnos su bondad y porque a nosotros mejor nos convenía. Y no me satisfacía que tan plenamente yo lo entendiese. Y aunque yo ciertamente entendiera que Dios nos podría haber salvado de otra manera si lo hubiera querido, una vez fue raptada mi alma y vio que esto que preguntaba no tenía ni principio ni final. Y el alma, cuando estaba en la tiniebla (*in ipsa tenebra*), quería volver en sí y no podía. Y no podía avanzar ni retroceder hacia sí misma. Y después de esto el alma de súbito fue elevada e iluminada, y veía el inenarrable poder de Dios y veía la voluntad de Dios. En los cuales plenísima y certeramente entendía las respuestas a todo lo que preguntaba. E inmediatamente el alma fue substraída de toda la tiniebla anterior.

Capítulo VI, p. 90)

“La fiel de Cristo dijo lo siguiente: “Una vez fue elevada mi alma y vi a Dios en tanta claridad y en tanta belleza y en tanta plenitud, que nunca más lo he visto con tanta, ni tan absolutamente pleno. Y no veía allí amor; y entonces yo perdí el amor que llevaba, y fui hecha no amor. (*et effecta sum non amor*).

Y después, después de esto, lo vi en la tiniebla, porque en la tiniebla está el mayor bien que se pueda pensar o entender. Y cualquier cosa que se pueda pensar y entender no tiene que ver con ello o no se puede alcanzar.

Capítulo IX, p. 114

“Y después de esto, lo vi en la tiniebla (*in una tenebra*), porque en la tiniebla está el mayor bien (*maius bonus*) que se pueda pensar o entender. Y cualquier cosa que se pueda pensar y entender no tiene que ver con ello o no se puede alcanzar. Y entonces se le concedió a mi alma una fe certísima, una esperanza segura y firmísima, y una seguridad de Dios (*una securitas de Deo*) continua que me ha quitado todo temor. Y me recogí completamente en aquella bondad (*in illo bono*) que vi en la tiniebla y tuve tanta seguridad de Dios que nunca pude dudar de él y de que no lo poseyera de manera cierta. Y en dicha bondad tan inmensamente intensa que se veía en la tiniebla, reside ahora mi esperanza completamente recogida, firmísima y segura.” Capítulo IX, p. 114)

Y expuso lo siguiente: “Y aunque todo sea inenarrable (*inenarrabilia*) también me causa alegría, pero cuando vi a Dios de aquella manera en la tiniebla, no me dieron ganas de reír ni devoción ni fervor ni ferviente amor, porque no temblaba ni se movía el cuerpo o el alma como solía, sino que todo ve y nada ve (*sed nihil videt et omnia videt*), y el cuerpo se duerme y se trunca la lengua (*corpus dormit et truncatur lingua*). -Y todas las pruebas de amistad que me demostró, muchas e inenarrables, y cada palabra que me dijo, y todo lo que tú escribiste alguna vez, entiendo que es tan inferior al bien que vi con tanta tiniebla, que no pongo en ellos mi esperanza o no hay esperanza en ellos. Por el contrario, aunque fuese posible que todas estas cosas no sean verdad, tampoco disminuiría mi esperanza de ninguna forma, ni disminuiría mi segurísima esperanza, que es cierta en el bien absoluto que vi con tanta tiniebla.” Capítulo IX, p. 115)

“Y súbitamente cuando se presenta Dios al alma, seguida y súbitamente se manifiesta abriéndose a ella y la dilata, y le da dones y dulzura que nunca antes había experimentado con bastante mayor profundidad de lo que se ha dicho previamente. Y el alma se aleja entonces de toda tiniebla y conoce a Dios más de lo que creo que se pueda llegar a conocer, con tanta claridad y tanta certidumbre, y con tan profundísimo abismo, que no existe corazón que después pueda entenderlo certeramente, ni pensarlo de ninguna forma. Por ello ciertamente ni mi corazón puede volver a pensar nada sobre él, ni extenderse en él, ni tampoco entenderlo, sino tan solo cuando le es dada el alma y en él se eleva. Y por eso no se puede decir nada, porque no se puede encontrar ninguna palabra que lo exprese o que a ello resuene. Y tampoco ningún pensamiento ni ningún intelecto puede extenderse en él, así como Dios no puede ser designado por nada, pues todo lo supera. Capítulo IX, p. 124

Allí, renunciando todo lo que pueda la mente concebir, abismado totalmente en lo que no percibe ni comprende, se abandona por completo en aquel que está más allá de todo ser. Allí, sin pertenecerse a sí mismo ni a nadie, renunciando a todo conocimiento, queda único por lo más noble de su ser con Aquel que es totalmente incognoscible.

Pseudo Dionisio Areopagita, *Teología mística*, cap. 1